

trivialidades, versos informes, rimas indeterminadas. Se ve luchar al escritor con la dureza de la lengua, con la pesadez de la versificación; y á pesar de los esfuerzos que hace, vencido de la dificultad, no atinar ni con la verdadera expresión ni con la bella armonía. Conocían y manejaban á Virgilio, Horacio, Ovidio, Lucano y demás poetas antiguos; pero si á veces se servían de ellos con oportunidad, mas frecuentemente abusaban de su lectura para alusiones incoherentes ó absurdas, y para hacer ostentación de pueril é impertinente pedantería ¹. No

1. Esta canción de Santillana, no desprovista enteramente ni del afecto ni de gracia, puede ser ejemplo de cómo estos escritores se aprovechaban de la erudición:

Antes el rodante cielo
Tornará manso é quieto,
E será piadosa Aleto,
E pavoroso Metelo;
Que yo jamás olvidase
Tu virtud,
Vida mia y mi salud,
Nin te dejase.

El César afortunado
Cesará de combatir,
E hicieran desdecir
Al Priámides armado;
Antes que yo te dejara,
Idola mia,
Ni la tu filosofía
Olvidara.

Sinón se tornara mudo
E Tarcides vertuoso,
Sardanápalo animoso,
Torpe Salomon é rudo;
En aquel tiempo que yo,
Gentil criatura,
Olvidase tu figura,
Cuyo so.

Etiopía tornará
Húmeda, fría ó nevosa,
Ardiente Scitia é fogosa,
E Scila reposará;
Antes que el ánimo mio
Se partiese
Del tu mando é señorío,
Nin pudiese.

Las fieras tigres harán
Antes paz con todo armento,
Habrán las arenas cuento,
Los mares se agotarán;

acertaban á imitar de ellos la sencillez de sus planes y el admirable artificio con que en sus composiciones sabían desenvolver y vigorizar un pensamiento, y sostener y graduar el efecto desde el principio hasta el fin. Por último, los versos, aunque mas tolerables que los del tiempo antiguo, tenían el gran inconveniente de la monotonía, y de no poderse acomodar á la variedad, elevación y grandeza que deben tener los períodos poéticos, segun las imágenes, afectos y pensamientos que encierran.

ARTÍCULO III.

DESDE GARCILASO HASTA LOS ARGENSOLAS.

Se atribuye generalmente á Juan Boscan la introducción en nuestra poesía de los endecasílabos y artificio de la versificación italiana. Andrés Navagero, embajador de Venecia en España, aconsejó á Boscan esta novedad, que empezada por él, y seguida de Garcilaso, Mendoza, Acuña, Cetina y otros buenos ingenios, hizo enteramente mudar de semblante el arte. No porque ya no se conociesen antes de él los endecasílabos en Castilla. Hay algunos en el *Conde Lucanor*, escrito en el siglo xiv; y el marqués de Santillana en el xv compuso muchos sonetos al modo que los italianos. Pero estos ensayos no habían tenido consecuencia; y solo al tiempo de Boscan fué cuando se dedicaron generalmente á esta clase de versificación. Y si bien yo creo que mas influjo tuvo en esto la relación íntima que ya por aquel tiempo había entre las dos naciones, que

Que me haga la fortuna
Si non tuyo,
Nin me pueda llamar suyo
Otra alguna.
Ca tú eres caramida,
E yo so fierro, señora,
E me tiras toda hora
Con voluntad non fingida.
Pero non es maravilla,
Ca tú eres
Espejo de las mujeres
De Castilla.

la autoridad de un poeta mediano como Boscan, todavía, sin embargo, es muy glorioso para él haber sido autor de tan feliz revolución, y contribuir con su ejemplo y sus esfuerzos á establecerla.

Pero los que se hallaban bien con la versificación antigua, levantaron al instante el grito contra la innovación, y trataron á sus fautores como reos de lesa poesía y alevosos á la patria. Al frente de ellos Cristóbal de Castillejo, en las sátiras que escribía contra los *Petrarquistas* (que así los llamaban), comparaba esta novedad á las que Lutero introducía entonces en la fe; y haciendo comparecer en el otro mundo á Boscan y á Garcilaso ante el tribunal de Juan de Mena, Jorge Manrique y otros trovadores del tiempo anterior, ponía en su boca el juicio y condenación de las nuevas rimas. A este fin supone que Boscan dice un soneto y Garcilaso una octava delante de sus jueces, y luego añade:

Juan de Mena, como oyó

La nueva trova pulida,

Contentamiento mostró,

Caso que se sonrió

Como de cosa sabida.

Y dijo: según la prueba

Once sílabas por pie,

No hallo causa porque

Se tenga por cosa nueva,

Pues yo también las usé.

Don Jorge dijo: no veo

Necesidad ni razón

De vestir nuestro deseo

De coplas que por rodeo

Van diciendo su intención

Nuestra lengua es muy devota

De la clara brevedad,

Y esta trova á la verdad

Por el contrario denota

Obscura prolijidad...

Cartagena dijo luego,

Como práctico en amores

Con la fuerza de este fuego

No nos ganarán el juego

Estos nuevos trovadores

Muy melancólicas son
Estas trovas á mi ver,
Enfadadas de leer,
Tardías de relación,
Y enemigas de placer.

Si Juan de Mena y Manrique hubieran podido manifestar entonces algún sentimiento, fuera el de no hallar establecida ya la versificación nueva cuando escribieron: el genio fogoso y atrevido del uno, el grave y sesudo del otro habrían hallado para la expresión de sus pensamientos y pinturas un instrumento á propósito en el endecasílabo. Hubieran conocido al instante que las coplas de arte mayor, reducidas á sus elementos, eran una combinación continua y cansada de versos de seis sílabas; que los octosílabos aconsonantados servían más para el epigrama y el madrigal que para la grande poesía; y que las coplas de pie quebrado, esencialmente opuestas á toda armonía y á todo placer, no debían sostenerse. Esto no lo podía conocer Castillejo: escribía sí la lengua castellana con propiedad, facilidad y pureza; pero el nùmen, la invención, las imágenes altas y animadas, la fuerza del pensamiento, el calor de los afectos, la variedad, la armonía; todas estas dotes, sin las cuales, ó á lo menos sin muchas de ellas, nadie es considerado poeta, todas le faltaban. Así, no es de extrañar que, encastillado en sus coplas, suficientes para la expresión de los pensamientos agudos é ingeniosos en que abundaba, desconociese la necesidad que tenía nuestra poesía de la versificación nueva para salir de su infancia. Esta tenía más libertad y soltura, daba oportunidad para variar las pausas y las cesuras, y presentaba á la infinita variedad de formas que tiene la imitación la muchedumbre de combinaciones que puede recibir la colocación de los versos largos y cortos. Tales ventajas se lograban con el nuevo sistema, y todas fueron reconocidas por los nuevos ingenios que las adoptaron; pero para ello era preciso tener la cualidad de poeta, y Castillejo, rigurosamente hablando, no la tenía.

Esta circunstancia era para la disputa mucho más necesaria de lo que parece, pues aunque no hubiese la grande diferencia que existía entre unos y otros metros siempre llevaría la palma aquel partido que pusiese en su favor mejores versos y compo-

siciones mas agradables. En tal posicion el solo talento de Garcilaso debía anonadar, como lo hizo, y convertir en polvo á todos los copleros. ¡Cosa verdaderamente extraña, por no decir admirable! Un jóven que muere á la edad de treinta y tres años, entregado á la carrera de las armas, sin estudios conocidos, con solo su particular talento, auxiliado de su aplicacion y buen gusto, saca de repente á nuestra poesia de su infancia, la encamina felizmente por las huellas de los antiguos y de los mas célebres modernos que entonces se conocian; y rivalizando á veces con ellos, la engalana con arreos y sentimientos propios, y la hace hablar un lenguaje puro, armonioso, dulce y elegante. Su genio, mas delicado y tierno que fuerte y elevado, se inclinó de preferencia á las imágenes dulces del campo y á los sentimientos propios de la égloga y la elegia. Tenia una fantasia viva y amena, un modo de pensar decoroso y noble, una sensibilidad exquisita; y este feliz natural, ayudado del estudio de los antiguos y de la comunicacion con los italianos, produjo aquellas composiciones que, aunque tan pocas, se conciliaron al instante una estimacion y un respeto que los tiempos siguientes no han cesado de confirmar.

Desearan algunos que se hubiese entregado mas á sus propias ideas y sentimientos; que estudiando igualmente á los antiguos, no se dejase llevar tanto del gusto de traducirlos, y que no abandonase las imágenes y afectos que su excelente talento le sugeria, por las imágenes y afectos ajenos; que ya que en la mayor parte es un modelo de cultura y de elegancia, hubiera hecho desaparecer algunos rastros que tiene de la rudeza y desaliño antiguo; por último, quisieran que la disposicion de sus églogas tuviese mas unidad, y hubiese mas conexion entre las personas y objetos que intervienen en ellas. Pero estos defectos no pueden contrapesar las muchas bellezas que aquellas poesias contienen, y es privilegio concedido á todos los que abren una nueva carrera el poder errar sin que su gloria padezca. Garcilaso es el primero que dió á nuestra poesia alas, gentileza y gracia, y para esto se necesitaban mas talento y mas fuerza, sin comparacion alguna, que para evitar las faltas en que la necesidad, su juventud y la flaqueza indispensable en la naturaleza humana le hicieron caer.

A las prendas sobresalientes que tiene como poeta se añade

la de ser el escritor castellano que manejó en aquel tiempo la lengua con mas propiedad y acierto. Muchas voces y frases de sus contemporáneos, muchas de otros autores posteriores han envejecido ya y desaparecido; el lenguaje de Garcilaso, al contrario, si se exceptúan algunos italianismos que su continuo trato con quella nacion le hizo contraer, está vivo y floreciente aun, y apenas hay modo de decir suyo que no se pueda usar oportunamente hoy dia.

Tantas especies de mérito reunidas en un hombre solo excitaron la admiracion de su siglo, que le dió al instante el título de príncipe de los poetas castellanos: los extranjeros le llaman el Petrarca español; tres escritores célebres le han ilustrado y comentado, entre ellos Fernando de Herrera; infinitas veces se ha impreso, y todos los partidos y sectas poéticas le han respetado. Sus bellos pasajes corren de boca en boca por todos los que gustan de pensamientos tiernos y de imágenes apacibles; y si no es el mas grande poeta castellano, es el mas clásico á lo ménos, el que se ha conciliado mas aplauso y mas votos, aquel cuya reputacion se ha mantenido mas intacta, y que probablemente no perecerá mientras haya lengua y poesia castellana.

El impulso dado por Garcilaso fué seguido de algunos buenos ingenios de su tiempo, que fueron don Hernando de Acuña, Gutiérrez de Cetina, don Luis de Haro, don Diego de Mendoza y otros pocos; pero todos muy desiguales á él; y para encontrar un escritor en que el arte hiciese algun progreso es preciso buscarle en fray Luis de Leon. Este hombre doctísimo, versado en toda clase de erudicion, inteligente en las lenguas antiguas, enlazado con relaciones de amistad á todos los sabios de su tiempo, fué uno de los escritores á quienes la lengua castellana debió mas, por el nervio y propiedad con que la escribia, y el que dió á nuestra poesia un carácter no conocido hasta él. Las canciones y sonetos de Garcilaso estaban escritos en el tono elegiaco y sentimental de Petrarca, y sola su *Flor de Gnido* era la composicion en que se acercó mas al carácter de la poesia lirica antigua. Luis de Leon, lleno de Horacio, á quien constantemente estudiaba, tomó de él la marcha, el entusiasmo y el fuego de la oda; y en una diction natural y sin aparato supo manifestar elevacion, fuerza y majes-

tad. Su profesion y su genio le inclinaban mas al género lirico moral que al heróico, sin embargo de que su *Profecía del Tajo* manifieste lo que hubiera podido hacer en este último; pero en aquel dejó unas cuantas odas excelentes, que se acercan mucho, si no igualan, á los modelos que se propuso imitar. Su principal mérito y su carácter en ellas es el de producir pensamientos majestuosos y fuertes, imágenes grandes, sentencias profundas, sin que le cuesten ningún esfuerzo, y con la mayor sencillez. La dición y el estilo son animados, puros y abundantes, como que salen de un manantial rico y limpio. No es tan feliz en la versificación: aunque dulce, flúido y gracioso en ella, carece de gravedad, y desmaya no pocas veces por falta de número y plenitud. A este defecto se añade otro, mayor todavía en mi dictámen, que es el de que nadie tiene menos poesía cuando el calor le abandona: lánguido entonces y prosáico, ni toca ni mueve ni enajena, y solo le queda el mérito de su dición y su estilo, que son sanos siempre y puros, aun cuando no tengan vida ni color.

A este mismo tiempo pertenecen en mi opinion las poesías de Francisco de la Torre, publicadas por Quevedo en 1631. Nadie dudó entonces que estas obras fuesen de un poeta anterior al editor; pero casi en nuestros días un hombre de mucho mérito (don Luis Velazquez) las reimprimió con un discurso al frente, en que aseguró eran una produccion de Quevedo, el cual habia querido publicar con nombre ajeno sus versos amatorios. La absoluta ignorancia en que se está de la calidad y circunstancias del tal Francisco de la Torre; el ejemplar de Lope de Vega que habia publicado, con el nombre de Burguillos, poesías conocidamente suyas; la semejanza de estilo que creía ver Velazquez entre estos versos y los de Quevedo, con otras razones menos importantes, fueron los fundamentos de esta opinion, que por entonces se siguió sin contradiccion alguna.

Pero estas pruebas no pasan de meras conjeturas, que, además de no afianzarse en hecho ninguno positivo, quedan desvanecidas al instante que se examinan la naturaleza y carácter de aquellas poesías. El que no sepa distinguir los versos de Quevedo de los de Garcilaso ú otro cualquiera poeta de la época anterior, ese solo podrá confundir con él á Francisco de

la Torre. No son bastante prueba de semejanza unos cuantos versos rebuscados en las obras de uno y otro, sacados de su lugar, confundidos entre sí, y que ni aun de este modo tienen, si bien se miran, la semejanza de estilo que se supone. Para saber si las poesías de Francisco de la Torre pueden ser ó no de Quevedo, es preciso, después de leer las primeras, buscar en la *Erato* ó *Euterpe* del segundo las poesías que allí se dan por pastoriles; entonces es cuando se palpa la enorme diferencia que hay entre uno y otro, ya se mire la dición, ya el estilo, ya los versos, ya las imágenes, ya la composicion, ya el todo. No es posible equivocarlos, como no es posible equivocarse jamás á las mujeres que son bellas naturalmente con las que se martirizan para parecerlo.

Con efecto, estas poesías de Francisco de la Torre son de los frutos mas exquisitos que dió entonces nuestro Parnaso. Todas pastoriles, sus imágenes, sus pensamientos y su estilo no desdicen nunca de este carácter, y guardan la propiedad mas rigurosa con él. Sus dotes mas eminentes son la sencillez de la expresion, la viveza y ternura de los afectos, la lozanía y amenidad risueña de la fantasía. Ningun poeta castellano ha sabido como él sacar de los objetos campestres tantos sentimientos tiernos y melancólicos: una tórlola, una cierva, un tronco derribado, una yedra caída le sorprenden, le conmueven y excitan su entusiasmo y su ternura. Las imitaciones de los antiguos, en que estas poesías abundan, están refundidas tan naturalmente en su carácter y estilo, que se identifican enteramente con él. Es lástima que á la pureza de su lenguaje no añadiese mayor cuidado en la elegancia, que á veces padece por expresiones y voces triviales y prosáicas. A veces tambien la locucion se manifiesta oscura por dislocaciones ú omisiones de expresion, acaso hijas del descuido y corrupcion de los manuscritos. Por último, se echa de menos en sus églogas variedad, conocimiento del arte del diálogo, oposicion y contraste entre las situaciones de los interlocutores; el poeta que pinta y siente con tanta delicadeza y fuego cuando habla por sí mismo, no acierta á hacer hablar á los otros, y se pierde en descripciones uniformes y prolijas que al fin cansan y fastidian.

Hasta ahora la poesía conservaba las galas naturales y sencillas que habia tomado de Garcilaso; y si bien Luis de Leon

le dió alguna elevacion y grandeza, se inclinaba mas á los argumentos que piden un estilo medio, como son los que presenta la naturaleza campestre. Tenia ornamentos de gusto, pero sin ostentacion ni riqueza, y su lenguaje era mas puro y gracioso que majestuoso y brillante. Mantenedores de este carácter natural, modesto y sencillo, fueron Francisco de Figueroa, que en su égloga de *Tirsi* dió el primer ejemplo de buenos versos sueltos castellanos; Jorge de Montemayor, que con su *Diana* introdujo el gusto y la aficion á las novelas pastorales; y Gil Polo, uno de sus continuadores que menos feliz que él en la invencion le aventajó mucho en los versos, y casi llegó á oscurecerle. Pero pasando de estos escritores á los andaluces ¹, ya se ve al arte mudar de gusto, tomar un tono mas elevado y vehemente, enriquecer y engalanar la diction, y manifestar la intencion de sorprender y arrebatarse; en suma, aspirar al *mens diviniór atque os magna sonaturum*.

Al frente de estos autores debe, sin disputa, nombrarse á Fernando de Herrera, hombre á quien la elocucion poética debe mas que á ninguno. Su talento era igual á su estudio; y familiarizado con las lenguas latina, griega y hebrea, se dedicó, á imitacion de los grandes escritores antiguos, á formar un lenguaje poético que compitiese en pompa y riqueza con el que ellos usaron en sus versos. Es verdad que ya no estaba él en la situacion de Juan de Mena, y que no tenia facultades para suprimir silabas, sincopar frases, mudar terminaciones. Esta parte fisica de la lengua estaba ya fijada por Garcilaso y sus imitadores, y no podia sufrir alteracion. Pero la parte pintoresca podia recibir, y de hecho recibió de él grandes mejoras: valiése mucho de las palabras compuestas que ya habia, introdujo otras nuevas, restableció muchos adjetivos olvidados, á que dió nuevo vigor y frescura por la oportunidad con que los aplicó, y usó, en fin, de mas frases y modos de decir separados de la lengua usual y comun que ningun otro poeta. A este esmero añadió otro menos esencial, que fué el cuidado de pintar al oido, por medio de la armonia imitativa, haciendo

1. Luis de Leon, aunque natural de Granada, se formó y vivió en Salamanca, y por consiguiente, no contradice á esta observacion general.

que los sonidos tuviesen analogia con la imágen. Él los rompe ó los suspende, los arrastra penosamente ó los precipita de golpe, ya los hace rozarse con aspereza, ya tocarse con blandura; en fin, unas veces corren flúidos y fáciles, otras penetran el oido con sosegada y apacible melodia. Estas dotes que tienen los versos de Herrera en el mecanismo de su lenguaje, los hacen distinguir de la prosa en tal manera, que, descompuestos y rotos, perdida su medida y su cadencia, son los que mas conservan el carácter pintoresco y divino que les dió el poeta.

Si de las formas exteriores se pasa á las dotes esenciales, puede decirse que nadie sobrepuja á Herrera en fuerza y osadia de imaginacion, muy pocos en el calor y vivacidad de los afectos, y ninguno le iguala, si se exceptúa á Rioja, en dignidad y en decoro. La mayor parte de sus poesias se reducen á elegias, canciones y sonetos en el gusto de Petrarca. Fué este poeta el primero que, separándose del modo con que los antiguos habian pintado al amor, dió á esta pasion un tono mas ideal y mas sublime. Él la acrisoló de la flaqueza de los sentidos, convirtiéndola en una especie de religion, y redujo su actividad á estar continuamente admirando y adorando las perfecciones de la cosa amada, á complacerse en sus penas y martirios y á contar los sacrificios y privaciones por otros tantos placeres. Herrera, apasionado toda su vida por la condessa de Gelves, dió á su amor el heroismo del amor platónico, y con los nombres de Luz, de Sol, de Estrella y de Eliodora le consagró una pasion fogosa, tierna y constante, pero acompañada de tal respeto y tal decoro, que el pudor no podia alarmarse de ella, ni la virtud ofenderse. En todos los versos que dedicó á este objeto hay mas adoraciones, mas enajenacion de sí mismo, que esperanzas y deseos. Tiene este gusto un inconveniente, que es dar en una metafisica nada inteligible, en un alambicamiento de penas, dolores y martirios muy distante de la verdad y de la naturaleza, y que por lo mismo ni interesa ni conmueve. A este mal, que de cuando en cuando se deja notar en Herrera, se añade que su diction, demasiado estudiada y esmerada, peca casi siempre por afectacion, y no pocas veces por oscuridad. El estilo y lenguaje del amor quieren ir mas descargados. Así Herrera, que sin duda amaba con

vehemencia y con ternura, parece, al decir sus sentimientos, mas ocupado del modo de expresarlos que del deseo de interesar con ellos; y á esto debe atribuirse que sea de nuestros poetas el que menos versos amorosos ha hecho propios para andar en boca de las gentes.

Pero en donde esta dición rica y poética luce á la par de su imaginacion ardiente y vigorosa es en la oda elevada, donde Herrera, feliz imitador de la poesía griega, hebrea y latina, supo llenarse de su fuego y rivalizar con ella. Este género en su origen estaba muy distante de las ideas ordinarias. El poeta, poseido de una exaltacion que no estaba en su mano ni moderar ni regir, cantaba sus versos junto á las aras de los templos, en los teatros públicos, al frente de los ejércitos, en las grandes solemnidades nacionales. El númen que le inspiraba le hacia volar entonces á otras regiones y ver cosas escondidas al comun de los hombres. Desde allí, en un lenguaje de fuego y por todas sus circunstancias maravilloso, hacia descender la verdad de lo alto en grandes y fuertes lecciones para los pueblos; abria las puertas del destino, y anunciaba lo futuro; entonaba himnos de gratitud y de alabanza á los dioses y á los héroes, ó llenando de furor patriótico y guerrero á los escuadrones armados, los llamaba á los combates y á la victoria. En tal posicion, el poeta lírico no debia parecer un hombre como los demás: su agitacion, su lenguaje, los números á que le reducía, la música con que le cantaba, la audacia de sus figuras, la grandeza de sus pensamientos, todo debia contribuir á considerarle en aquellos momentos de entusiasmo como un ser sobrenatural, un intérprete de la divinidad, una sibila, un profeta.

Tal fué en la antigüedad el carácter de la oda, que después las naciones modernas han introducido con mas ó menos buen éxito en su poesía. Pero despojada del canto y alejada de las solemnidades y concurrencias numerosas, no ha sido mas que un débil reflejo de la inspiracion primera. Los grandes poetas modernos han creído que para restituírle el carácter exaltado y divino que tuvo en su origen, era preciso trasplantarla otra vez al país en que nació, y llenarla de las ideas, imágenes y aun frases antiguas. Fué Herrera el primero que la concibió así entre nosotros; Horacio habria adoptado con gusto su can-

eion á Don Juan de Austria; el himno por la batalla de Lepanto respira en todas partes aquel fogoso entusiasmo, y está adornado de las imágenes ricas y frases atrevidas que caracterizan la poesía hebraica; y la cancion elegiaca al Rey don Sebastian, animada del mismo espíritu que el himno, está llena de la melancolia y agitacion que debia producir en una imaginacion viva aquella catástrofe miserable. Hasta en canciones poco interesantes por su asunto y su composicion se hallan vuelos osados y dignos de Pindaro, sobresaliendo siempre aquel esmero en la dición, aquella poesía de estilo, por la cual jamás podrán confundirse tres versos suyos con los de otro ningún poeta. Servirán de muestra en esta parte los siguientes sacados de su cancion á San Fernando, que no es de las mejores:

Cubrió el sagrado Bétis, de florida
Púrpura, y blandas esmeraldas llena
Y tiernas perlas la ribera oncosa,
Y al cielo alzó la barba revestida
De verde musgo, y removió en la arena
El movable cristal de la sombrosa
Gruta, y la faz honrosa
De juncos, cañas y coral ornada,
Tendió los cuernos húmidos, creciendo
La abundosa corriente dilatada,
Su imperio en el Océano extendiendo.

Al citar Lope de Vega estos versos como un modelo de locucion poética, tan opuesta á las extravagancias del culteranismo, lleno de entusiasmo, exclamaba: «Aquí no excede ninguna lengua á la nuestra, perdonen la griega y latina. Nunca se me aparta de los ojos Fernando de Herrera.»

Sus paisanos le dieron el renombre de *Divino*, y de todos los poetas castellanos á quienes se dió este título, ninguno le mereció sino él. A pesar de esta gloria y de las alabanzas de Lope, su estilo, y sus principios tuvieron pocos imitadores entonces; y hasta el restablecimiento del buen gusto en nuestro tiempo no se ha conocido bien el mérito eminente de su poesía, y la necesidad de seguir sus huellas para elevar la lengua poética sobre la lengua vulgar. Imitóle don Juan de Arguijo en sus sonetos, descargando un poco el estilo del excesivo

ornato que tiene en Herrera; pero quien le mejoró infinitamente mas fué Francisco de Rioja, sevillano tambien como los otros dos, y discipulo de la misma escuela, aunque floreció bastantes años después.

Igual en talento á Herrera, y superior en gusto, Rioja hubiera fijado sin duda los verdaderos limites entre la lengua prosáica y la poética si hubiese escrito mas ó se conservasen sus composiciones. ¿Cómo es posible que un hombre de tan grande ingenio, y que vivió tantos años, no escribiese mas que una cancion, una espístola, trece silvas y unos cuantos sonetos? Mas fácil de creer es que sus escritos se perdiesen en las diferentes vicisitudes que tuvo su vida, ó que yazcan olvidados entre los muchos monumentos literarios que entre nosotros luchan todavía con el polvo y los gusanos. Lo poco suyo que ha quedado es suficiente, sin embargo, á darnos idea de su carácter poético, sobresaliente entre los otros por la nobleza y severidad de la sentencia, por la novedad y eleccion de los asuntos, por la fuerza y vehemencia de su entusiasmo y su fantasía, y por la excelencia del estilo, que es siempre culto sin afectacion, elegante sin nimiedad, sin hichazon grandioso, y adornado y rico sin ostentacion ni aparato. Un mérito que le distingue particularmente es el acierto con que construye sus períodos, los cuales ni dan en secos por la brevedad, ni se arrastran penosamente por prolijos; defecto grande y frecuente en los mas de nuestros poetas, cuyas cláusulas, no bien distribuidas, fatigan el aliento cuando se recitan. Bien sé que aun en estas pocas composiciones hay resabios del prosaismo de los poetas del siglo xvi, y del falso oropel de los del siguiente; pero además de que son rarísimos, debe tenerse presente que no limó él ni dispuso estos versos para publicarlos: disculpa bastante de mayores yerros. Por mucha importancia que se les quiera dar, no podrán quitar la primacia que gozan entre nuestros tesoros poéticos las delicadas silvas á las flores, la magnífica cancion á las ruinas de Itálica, y la casi perfecta epístola moral á Fabio.

Al último tercio del xvi corresponden otros poetas, célebres entonces, pero de mérito y órden muy inferior á los ya nombrados: Juan de la Cueva, que pertenece mas bien á la historia de la comedia, entre cuyos primeros corruptores se le

cuenta comunmente; Luis Barahona de Soto, autor del poema *Las lágrimas de Angélica*, aplaudido mucho en su tiempo, y de nadie leído ahora; Pedro de Padilla, escritor recomendable por la pureza de la diction y fluidez de los versos, pero pobre de imaginacion y de calor; y algunos otros que, aunque menos señalados, no dejaron de contribuir á los progresos del arte. A esta época pertenece Pablo de Céspedes, pintor, escultor y poeta, en cuyas bellas octavas sobre la pintura respira frecuentemente el estilo vigoroso y pintoresco de Virgilio. Pertenece, en fin, á la misma Vicente Espinel, inventor de la quinta en la guitarra y de las décimas en la versificacion, que de su nombre se llamaron *Espinelas*. Aunque este poeta carecia de gusto y de doctrina, manejaba la lengua con tanto despejo y pureza, tenia tanto talento y tan buen oido, y sus períodos poéticos son por lo regular tan sueltos, llenos y sonoros, que no es de extrañar la grande estimacion en que sus contemporáneos le tuvieron; y su ejemplo contribuyó poderosamente á dar á los versos mas facilidad, mas número y abundancia.

ARTÍCULO IV.

DE LOS ARGENSOLAS Y OTROS POETAS HASTA GÓNGORA.

Ninguno de los autores de este tiempo igualó á los Argensolas en circunspeccion y en cordura, en facilidad de rimar, y en correccion y propiedad de lenguaje. Son tan sobresalientes en esta última parte, que Lope de Vega decia de ellos que habian venido á Castilla desde Aragon á enseñar la lengua castellana. Su erudicion, la severidad de su doctrina, sus conexiones, la grande proteccion que les dispensó el conde de Lémos, fueron las causas de aquella especie de magisterio que ejercieron sobre sus contemporáneos, y de aquella superioridad reconocida y confirmada por las alabanzas que de todas partes se les prodigaban. Dióseles el titulo de *Horacios españoles*, y siempre se les reputó como poetas de primer órden, conservando una opinion casi tan intacta como la del mismo Garcilaso